

## Hugo

## Goldsack

La noticia nos remueve, dolorosamente, y, ahí, se queda, durísima, diciéndonos: —Hugo Goldsack acaba de morir. ¿Es posible, nos preguntamos, que ello sea verdad, si Hugo parecía ser dueño de la vida? Todo en él emanaba seguridad de vivir: sus gestos y ademanes eran los de un señor de los días y de las noches. Porque Hugo vivía, riéndose de los relojes: durante los días, trabajaba, como periodista y tan lucidamente, que fue Premio Nacional de Periodismo, en 1963, yendo de la calle a la Moneda, hablando, escribiendo, con rapidez y gracia. Llegada la noche, continuaba en su actividad; pero, ahora, en el vaivén delicioso de una bohemia que se nos fue para siempre. Ahí, se juntaron nuestros sueños y creció la amistad. Eramos como las columnas charladoras del café "Iris", célebre porque, allá, creció parte de la política chilena, cuando los periodistas de "La Opinión" discutían el diario, entre tacita y tacita, y los poetas proyectábamos aventuras celestes y terrestres.

En el "Iris", nació el primer libro de Hugo, "Entorno a cierto fuego", que prologamos y dibujamos, en 1949, y de sus mesas partimos, noche a noche, a buscar estrellas en los ojos de las musas del Barrio Chino. Pero, no sólo nos lanzábamos al azar: en medio de la noche, hablábamos de libros, y así, surgieron los suyos dedicados a Pedro Prado y Augusto D'Halmar, en compañía de Julio Arriagada Augier, sus crónicas de viaje y sus poemas. Vivía en plenitudes. Cruzó por cien experiencias y reía, como si el mundo le cupiese en la boca. De la madrugada se marchó, buscando lo último que le importaba: "El rostro de Dios", su última obra, de 1977.